

Juegos en la madrugada

Katalina Vásquez Guzmán

Resumen

En las frías madrugadas, en cierto lugar de Medellín se reúne un grupo de taxistas para darle rienda suelta a una de sus pasiones. En este relato se logra retratar la camaradería que une a estos habitantes de la noche.

Palabras clave: taxista, fútbol, amigo, torneo, carro, madrugada.

Abstract:

A group of taxi drivers meet at a specific spot in Medellín during cold mornings to liberate their passions regarding soccer. This story pictures the comradery these night inhabitants share.

Key words: taxi driver, football, friends, tournament, car, morning.

La cita era a la una de la madrugada. Y aunque llovía, los hombres llegaban, uno a uno, al lugar de encuentro, todos en taxi. Por el camino había charcos, de esos profundos que se llenan de agua, no se dejan ver en la oscuridad y atascan carros. El Amigo supo esquivarlos y llegó antes que todos, como debía hacerlo el líder. Luego llegaron Niño, Chepe, Tatoo, Piolín y tres hombres más. Entonces, sentados bajo un techo de madera, empezaron a planear cómo mejorar eso que hacían en las madrugadas. Buscaban que los vecinos no se despertaran, que el asunto fuera más rentable, que ninguno lo hiciera sin camisa, y además acordaban quién guardaría el dinero hasta el momento de repartirlo.

Durante las dos horas siguientes los hombres hablaron, se pusieron de pie, corrieron las sillas, se sacaron las chaquetas, pero nunca soltaron las llaves de los carros. En éstos llegaron y trabajarían hasta que el sol aparecía. Y en éstos pondrían en práctica el plan que, a las tres de la mañana, era aprobado por siete de los ciento veinte hombres que participan en esa actividad.

Una vecina de Manrique era testigo de todo. Se lo dijo a la Acción Comunal y acordaron que el presidente, de no encontrar solución, se lo diría a la Policía. Había que detenerlo. Así que Tatoo tomó nota de los pasos a seguir en las próximas madrugadas para evitar que los detuvieran, y mientras lo hacía era insensible al frío. Los demás hombres llevaban abrigos y se frotaban las manos, y Tatoo, como los perros de nieve, parecía no sentir el viento helado. Fue él quien señaló al Amigo cuando había que decir el nombre del precursor de

la actividad. Era un señor de pelo blanco, zapatos brillantes y voz suave. Tatoo, en cambio, hablaba fuerte y tenía el cabello oscuro, la piel trigueña y no más de un metro sesenta de estatura.

Ellos y cinco hombres más escribieron las nuevas reglas, que buscaban que la señora no pudiera ver ni oír nada más desde la ventana de su casa en Manrique. Cuando el plan se acordó y también las sanciones para quienes resultaran descubiertos, la reunión terminó. Pero Tatoo y el Amigo se quedaron recordando cómo era que había empezado la actividad. "Chepe" los acompañó para escuchar la historia.

El Amigo y Tatoo se encontraban al amanecer para, además de poner en práctica lo que acordaban en la reunión, tomar aguardiente y bailar porros. Los dos mostraban arrugas en el rostro, llevaban años en la profesión y tenían barrigas grandes, como casi todos los taxistas experimentados. Aquella vez fueron menos los barrigones, aunque todos eran conductores de taxi. Estaban reunidos en una caseta de madera a la entrada del Club Social Doña Clarita, en Medellín.

A algunos los tentó la idea de pasar del quiosco a la fonda, a tomar "guaro" y escuchar corridos y vallenatos hasta la hora de cierre: cinco de la mañana. Pero los tres que se quedaron no bebieron nada, ni siquiera tinto, ni fumaron. El Amigo, Tatoo y Chepe estaban tan concentrados narrando la historia del torneo de fútbol, que aquella vez, después de alistar el plan contra las quejas de la señora que vivía en la esquina junto a la cancha de La López, de su boca apenas se escucharon recuerdos y carcajadas.

-Todo empezó en La Macarena hace quince años por ahí. ¿En 1989 o en 1990? -preguntó Tatio, a quien unos pocos conocen como Álvaro Urrea.

-Amigo, no recuerdo bien -contestó el Amigo-, pero éramos cuatro o cinco los que íbamos cuando no teníamos nada que hacer, a eso de la una de la mañana.

-Nos íbamos para esa manga que queda al frente de La Macarena a "recochar" con un balón. Éramos el Amigo, Ómar, Martín Castaño y yo. Llevábamos una pantaloneta y una camiseta en el taxi y cuando no había mucho que hacer nos comunicábamos y nos encontrábamos allá. Eso fue tremendo. En menos de un mes se veía eso lleno de taxis. Empezaron a "caer" muchos taxistas- comentaba Tatio moviendo las manos sin dejar caer las llaves de su Chevrolet.

Luis Fernando Gutiérrez: treinta años de taxista, quince como coordinador de torneos de fútbol y otros tantos de organizador de fiestas en Doña Clarita. Ése era el Amigo, quien al escuchar a Tatio empezó a recordar.

- Ah, sí, entonces se lanzó la idea de armar un "campeonato", y yo dije: hágale. Empezamos a organizarlo pero aclaramos, amigo, que sólo fuera para taxistas, y que era microfútbol. Jugábamos por allá en el barrio Conquistadores, y esa primera vez fueron como doce equipitos los que se armaron.

-Hemos llegado a tener hasta 26 equipos de micro, de veteranos y de sardinos, y jugábamos tres partidos en la noche -dijo Tatio en un suspiro.

-A las doce, a la una y a las dos -agregó el Amigo- y cada tiempo era de 25 minutos, entonces nos rendía para tres partidos en la noche. Ahora, como ya es fútbol, hacemos sólo uno a la una de la mañana, de lunes a jueves.

El lunes 7 de julio de 2005, en vez de partido, hubo reunión de representantes de los equipos, con todo y lluvia. Había problemas con los vecinos de la cancha. Escuchar pitos y gritos después de la media noche no era normal para los habitantes del barrio Manrique. Y desde la ventana de una casa se podía ver a los taxistas transformándose en jugadores de fútbol. Quedaban en calzoncillos, sin camisetas, y hacían monerías entre ellos. A la señora le aterraba y por eso se quejó.

-Eso lo tenemos que controlar porque es muy difícil que nos presten una cancha de fútbol en otra parte. Si fuera micro como las otras veces sería muy fácil, pero fútbol... -sentenció el Amigo frunciendo las cejas.

No estaban todavía las cejas del Amigo en la posición habitual cuando Tatio hizo un comentario como para bajarle tensión al momento:

-Aquí hay mucha cancha de micro. Uf. Nosotros hemos tenido torneos de micro en Belén Las Playas, Tricentenario, La Esmeralda, El Salado, Tejelo, San Javier, Doña Clarita...

-¿Y en el Estadio qué? -comenta Chepe-. Allá es donde se han jugado la mayoría de los campeonatos. ¿O no? Es que yo en esto soy nuevo. Ellos sí son los que se saben la historia.

-Historia es lo que hay. Con decirle que este torneo está registrado en los Guinness Record- dijo Tatio emocionado.

Todos asintieron cuando el más pequeño de los taxistas dijo que la actividad es única. Se levantaron cejas y se agitaron camisetas, porque en ninguna parte del mundo se disputa un campeonato de fútbol o microfútbol después de las doce de la noche, con personería jurídica y jueces profesionales. En cada partido se reúnen al menos treinta jugadores de una a cuatro de la mañana. Unas cuarenta personas los acompañan, entre taxistas, vendedores de comidas y familiares. Para hablar de este tema Chepe pidió la palabra.

-A ver los "picaitos" va gente de toda clase social. Allá usted puede ver de todo, no hay discriminación de nada- comentaba José Orozco cuando Tatio lo interrumpió.

-Los que son casados llevan a las esposas; a veces, otros van con "la amiguita"...

-Hasta los nietos y los papás se trasnochan para ir allá -agregó el Amigo-, y eso que ahora no va tanta gente como antes. Primero se nos llenaba de acompañantes, de vendedores de comida, de trago...

- ¡Hasta vicio se vendía, hombre! -dijo Tatio interrumpiendo de nuevo para provocar que el Amigo clavara su mirada en el llavero que no paró de menear.

Segundos de silencio, de miradas perdidas y golpeteos en las mesas. El líder de la reunión se tomó la palabra, escondió los labios y levantó la mirada. Después dijo:

-Compañeros, ojalá la gente del barrio no se siga quejando porque si nos quitan la cancha estamos graves-. Un comentario como éste y un gesto de amargura del Amigo fueron los que dieron inicio a la discusión horas antes.

-Nosotros sabemos que es una zona residencial y que la gente, comúnmente, duerme a esa hora. Lo que pasa es que nosotros tenemos nuestra vida en las madrugadas, pero tampoco eso puede interrumpir la de los demás -replicó Tatio con más rostro de retador que de preocupado.

Para el Amigo la situación era más difícil de lo que parecía, por eso convocó a un representante por cada uno de los ocho equipos de fútbol que se inscribieron en el torneo. “Vea, amigo, esa gente está en su derecho de dormir y la acción comunal nos llamó la atención. Por eso hay que ser organizados y poner reglas claras, porque si no nos vuelven a prestar esa cancha no hay torneo. ¿Me entiende, amigo?”.

—Es que hay compañeros muy escandalosos y nos tenemos que moderar. Además son muy “gusanos”, se van poniendo la pantaloneta en mitad de la calle. Eso también hay que mejorarlo— dijo Piolín.

—Ah, sí. Lo mejor es que todo quede así: cada vez que lleguemos estacionamos el carro en silencio y entramos a la cancha. Allá nos cambiamos de ropa— dijo Tatroo. A lo que el Amigo le respondió con una orden de escribir la propuesta en el nuevo reglamento.

—¿Sabe qué sería muy bueno? Amonestar a los que digan groserías y gritan cosas “guaches”— sugirió otro taxista. Eso también se consignó en el acta porque además de ser un problema para los vecinos, lo era para el Amigo. Ya ningún árbitro quería pitar los partidos.

—Fíjense amigos que hasta a la dama que trajimos la insultaron. Me puse a traer una mujer árbitro porque pensé que por ser una señora la iban a respetar. Pero no, por ahí uno del equipo suyo, creo —dijo el Amigo señalando a Piolín—, le gritó dizque “arepera” porque le sacó una amarilla. Así no podemos, amigos —lamentó Luis Fernando.

Esa situación era tan grave, contó el organizador, que tuvieron que garantizarle seguridad al árbitro para que aceptara dirigir los partidos. Todos decían temer a los jugadores.

Lo que el árbitro debía enfrentar era a veintidós de ellos en una cancha, tras un balón, recibiendo y dirigiendo insultos como lo hacen en sus carros. La diferencia era que allí estaban frente a frente, cansados y acalorados. Y además, todo sucedía en la madrugada. Aunque este inconveniente también se resolvió. Todos decidieron implementar la tarjeta azul para los “muy subditos”. Con ello los obligarían a sentarse durante diez minutos “a chupar banca”, como dijo el Niño.

Para llegar al acuerdo y planear cómo jugar los partidos sin despertar los vecinos, y cómo coleccionar el dinero de las inscripciones —que esa

Lo que el árbitro debía enfrentar era a veintidós de ellos en una cancha, tras un balón, recibiendo y dirigiendo insultos como lo hacen en sus carros. La diferencia era que allí estaban frente a frente, cansados y acalorados. Y además, todo sucedía en la madrugada. Aunque este inconveniente también se resolvió.

noche apenas llegaba a quince mil pesos— fue que los taxistas de “Clubetan” se encontraron en Doña Clarita. Además había que ponerse de acuerdo con respecto a los uniformes y se acordó que quien no los tuviera no podría jugar más sin camisa. Y como el Amigo no quería tener más líos por el dinero acumulado en el torneo, se eligió a Piolín como nuevo tesorero.

Los taxistas hablaron de fútbol, del propio, del que juegan noche a noche sin importar la lluvia que, además de hacer más engañosos los huecos en el pavimento, moja la cancha de arena y los hace resbalar, correr más lento, y empantanar la ropa. Eso también lo escribió Tatroo en

el nuevo reglamento: “los partidos se jugarán aunque esté lloviendo, siempre y cuando no sea muy duro”.

Las reglas se hicieron para los ocho equipos —San Pedro, Juventud, Andalúz, Independiente, Las Vegas, Así Somos, Policlínica y Los Nocturnos—, y por supuesto para los ciento veinte taxistas que juegan el torneo. Sobre las muchachas de bares que acompañaban a algunos de los jugadores, “pero sólo unas vececitas nada más”, no se reglamentó nada.

—Vea amigo, la cosa no es como la pintan. Sucede que hay un señor que siempre lleva las hijas— intentó explicar el Amigo cuando empezó la discusión por la gritería y los insultos de las mujeres. Entonces, Tatroo dijo:

—¿Las hijas de quién? Ésas que son todas gritonas, que dicen groserías...

—Sí, ésas son, amigo —contestó el Amigo con un guiño de ojo.

—Ah, ya entendí. Hay un señor que lleva las hijas, muy gritonas ellas, pero también pasa que... Vea un ejemplo: por decir yo tengo un contrato para recoger unas peladas a eso de las dos de la mañana. Ellas trabajan de meseras en bares del Centro y un día yo les digo: tal día no puedo venir porque tengo partido. Y ellas me dicen que no importa, que vaya por ellas y las lleve al partido.

—Pues... hay que entender también que uno tiene señora y si ellas saben eso sería muy maluco. ¿Sí me entiende amigo?

La respuesta para el Amigo fue el silencio. Nadie más habló del tema ni mucho menos se escribió algo al respecto. Los demás asuntos se discutieron ampliamente. Todos los jugadores podían

opinar; eso sí, después de agitar por mucho rato las llaves del taxi con la mano levantada. Por eso cuando se acercaba el amanecer se apresuraron "a trabajar para poder hacer lo de la liquidación y entregar el carro", como lo explicó el Niño cuando estiró los brazos y abrió la boca por un bostezo. Ese fue el único gesto de cansancio que hubo durante las tres horas de reunión.

Ni el Amigo ni Tatoo, ni Chepe, una hora después de terminada la reunión, se quejaron por la hora, por el frío o por la plata. "Nosotros estamos acostumbrados. Claro que esto a 'palo seco' es muy duro", dijo Tatoo antes de reírse y revisar la última regla que escribió: "se cobrará multa a los compañeros que digan groserías, lleguen pitando o gritando a la cancha, y se cambien en la acera de la señora que se queja".

"Soltá esa tula"

Tatoo es hinchita del Medellín. Por eso su equipo de fútbol se llama Independiente, pero el uniforme confunde a los espectadores. Pantalóneta azul, camisa blanca y estampada de Pepsi, como lo usa Boca Juniors de Argentina. Claro que cuando en la tribuna alguien grita "soltá esa tula" a nadie le cabe duda de que Tatoo salió a la cancha y es Independiente el que va a jugar.

No hay manera de esconder la tula. Es grande, redonda y se acomoda tras las letras azules de Pepsi. Como hace veinticinco años que Tatoo es taxista, la tula ha crecido tanto que no logra achiquitarse por muchos partidos de fútbol que juegue o por muchas canciones de porro que baile. "A eso se le suma que yo ya estoy muy viejito", dice el aludido, aunque eso no le preocupa.

Mientras conduce el taxi desde las dos de la tarde hasta las cuatro de la mañana Tatoo carga su tula con orgullo. Esas horas las pasa recorriendo las calles de Medellín sobre las ruedas, el motor y la carrocería que ya son suyas. "El carrito es propio -dice- gracias a Dios". Tatoo también se refiere a Dios cuando habla de su separación, de lo bueno que es vivir solo, y de los videos que tiene de los primeros torneos de microfútbol.

-Ahí se ve cuando salíamos casi cien taxis en desfile desde El Estadio, a las dos de la mañana, por todo Medellín pitando el día de la inauguración del torneo. Eso era un escándalo horrible, nos íbamos por Colombia, la Avenida Oriental, y hasta nos metíamos en contravía hasta que llegábamos otra vez al Estadio -cuenta Tatoo mientras conduce su taxi antes de llegar a la cancha de La López, en Manrique. Pasa por la avenida La Playa y en la esquina de la Oriental el reloj dice que son las 11:20 de la noche.

En la maleta del carro hay unos guayos, una pantaloneta azul, una camisa blanca, unas medias largas, y una pomada vacol. La tula, es inevitable,

la lleva con él. "Hoy jugamos contra Los Nocturnos, el equipo de Chepe. Son buenos, empezaron mal pero han subido bastante en la tabla".

Por acumulación de tarjetas amarillas el equipo de Tatoo perdió el primer lugar. Pipe, el que anota tres goles cada partido, está suspendido. Sin embargo, Ramiro puede jugar. Orejas le dicen. Es calvo por artificio de la máquina. Otros lo llaman "Orejandro". Con él se encuentra Tatoo en la calle Perú con la Avenida Oriental.

Tatoo detiene el carro en el costado izquierdo y pita. Es un saludo y un llamado para la muchacha abrigada que está sentada al lado de las jarras y el cajón de madera. "Un tinto, por favor", dice el taxista y coge el radioteléfono.

-Ramiro, ¿dónde está, papá? Véngase pa los tintos que aquí lo espero pa que arranquemos al 570.

-Hermano, tengo que montar llanta y estoy cortico.

-No importa, esto es de carácter "U". Caiga que yo sé donde le hacen esa vuelta rápido.

En el taxi la noche no es fría. No hay agua en el piso ni en el cielo, y el tinto permanece caliente. El humo se alborota cuando Tatoo sopla en la boca del vaso plástico, mientras un carro parquea tras su Chevrolet. 'Orejas' se baja, deja la puerta abierta y se acerca.

-Hola papacito, ¿me querías ver?

-Nada, hombre, vuélvase serio que qué pensara la gente. Pídase un tinto que yo invito.

Orejas' se aleja de la ventanilla del Chevrolet mientras se toma el tinto. Habla fuerte, casi gritando desde la acera. Quiere que Tatoo le explique dónde está el montallantas.

-No se preocupe que vamos juntos en un momentito- le dice.

-Entonces apuremos que nos coge la noche- contesta Ramiro, sorbiendo el tinto.

Tatoo arranca y también lo hace Orejas. Cuando éste se adelanta en la carrera Bolívar Tatoo dice: "Es que está manejando un carrazo ese hombre". Mientras tanto mira los accesorios dentro de su carro, al tiempo que observa los espejos y gira la cabrilla con las manos pequeñas y gruesas. Hay estampas del "Divino "Niño", rosarios, crucifijos, una libreta de notas y un lapicero. Dentro de una virgen de plástico hay un bombillo rojo que se apaga cuando Tatoo llega a su destino. Orejas espera que Tatoo le indique con quién hablar y comenta la situación. "Cambio de llanta y calibrada. Pero tiene que ser rápido parcerito porque estamos de afán".

A diferencia de muchos taxistas Orejas no tiene tula. Es flaco, de rodillas separadas y risa constante. Los ojos son grandes y la piel lisa. Es casado y a veces lo niega. No le importa, por ejemplo,

desvestirse en la calle. Por eso mientras la llanta delantera derecha es cambiada él abre la maleta del carro y saca unos tenis blancos. Durante los partidos la gente le grita: "comprá guayos a ver si aprendés a jugar". Pero como él no tiene puente en lo pies esos tenis de *Croydon* son los únicos que no le incomodan a la hora de jugar.

Muy rápido Ramiro se saca el bluyín, el buzo y la camiseta, y los reemplaza por la pantaloneta azul y la casaca blanca de Pepsi. Se sienta en el asfalto para ponerse "los blancos" y amarrarse los cordones muy apretados. Es que a veces da una patada al balón y los zapatos salen volando.

-Tatoo, cambiate de una vez que estamos cogidos.

-No, papá, arranquemos mejor que arriba me visto.

Los dos miran el reloj constantemente y cuando pueden arrancar sus carros restan quince minutos para la una de la mañana. Según el reglamento que hace unos días se acordó en el Club Doña Clarita, se puede esperar entre diez y quince minutos a los jugadores después de la una para iniciar el partido. Si el equipo no llega o no está completo pierde por W.

Alrededor de la Unidad de Emergencias de La Piloto, en Manrique, hay decenas de taxis parqueados y llegan más, entre esos los de Tatoo y Orejas. Ellos estacionan sobre la acera del quiosco de Postobón que está abierto toda la noche aunque no todo el día. A un costado hay una reja y la entrada a la cancha. Después del pedrero y la cancha de micro están Los Nocturnos saltando, estirando, trotando. Con ellos varias tulas se agitan. La del Amigo le acompaña a cobrar el arbitraje y las tarjetas rojas y amarillas de partidos pasados. La de Pipe está en la tribuna esperando recibir un pandequeso con café que el hombre se lleva a la boca. Y la de Tatoo se está cubriendo con las letras de Pepsi esperando para hacer su entrada a la cancha.

Los Nocturnos confían en que van a ganar. Orejas llega apurado y empieza a calentar. En la cancha ya están Niño, el portero; Caremuerto, uno de los delanteros; Martín, el lateral derecho; y otros seis jugadores de Independiente. A la una y diez de la mañana el árbitro llama a los jugadores. Antes de que se escuche el pitazo alguien del público grita: "¡Tatoo, soltá esa tula!" Independiente está completo, aunque eso no le basta para ganar.

Antes de empezar, el portero había dado las instrucciones de juego que no se siguieron. Eso, la suspensión de Pipe y el agotamiento de los jugadores, llevaría a Independiente a ser

eliminado del torneo de taxistas. "Otra cosita -dijo el Niño-. Juan: usted que juega en el medio, hermano, transporte el balón y abra el campo. Orejas: cobre usted los tiros libres y nadie vaya a pelear por eso. No se desesperen". Y así, más emocional que técnico, fue el discurso como el partido.

El tiro libre a favor de Independiente, el que le daba oportunidad de empatar a tres goles, no lo cobró Orejas. El balón salió por el aire, sin ningún efecto, sin dirección al arco. "Se lo comió", anunciaban en la tribuna cuando el jugador apenas pateaba.

-Por la derecha y la izquierda van Ramón y Tatoo- había dicho Niño, pero en el segundo tiempo ya no había laterales. Los dos jugadores se quedaban atrás, jadeando y alentando a los delanteros a gritos; eso sí, sin tratar de intervenir con la propia defensa. Entonces, como dijo Jaime, el técnico contratado para esa noche, "solos, solos, los dejan pasar solos". Y así llegó el cuarto gol para Los Nocturnos. El tercero había sido de tiro libre, uno bien cobrado, ante el que la defensa ni siquiera se levantó. El portero se lanzó con fuerza y decisión, pero al lado equivocado. El balón se metió por el costado izquierdo y el júbilo fue completo cuando llegó el 4-2.

Cerca de las cuatro de la mañana un pitazo anuncia el final. Pipe está triste. Sabe que sin él, el equipo no funciona igual. Tatoo también está aburrido. Reconoce que la tula con la que empujó a muchos de Los Nocturnos para ganar el balón, aunque la lleve con orgullo, es una dificultad a la hora de pasar de taxista a jugador de fútbol. "Esta barriga son veinte años de trabajo. Es que uno tan viejito -dice- ya no está para esto". Mientras habla, Tatoo se va en búsqueda de la pomada *Vacol*, mirando la arena del terreno de juego.

En 2006, mientras en Alemania se disputa el mundial de fútbol, Álvaro Urrea pisa la cancha La López en Manrique. "Todavía me gritan que suelte la tula, pero ya sólo juego con viejitos como yo", dice. Ahora los torneos son dos: uno libre y uno para veteranos. En el primero Tatoo es técnico del equipo Caravana, donde juegan "muchachos grandes, feos, bonitos, pero todos muy correlones", según dice. En el Caravana está Pipe, quien también participa con los veteranos por pesar más de 90 kilos. Los Amigos Calvos es el equipo de los ex Independiente.

Además de los porros, los carros y el fútbol, hay algo que alienta a Tatoo y a los demás taxistas a jugar noche a noche: al finalizar el año un marrano de 400 mil pesos parará a las tulas de los campeones. ■